

IN MEDIO VERITAS

APÉNDICE

á la Réplica al SIGLO

SOBRE

BANCO NACIONAL

POR

ANGEL FLORO COSTA,

ABOGADO,

Ex-Catedrático de Geografía general y Astronomía de la Universidad Mayor
de la República Oriental del Uruguay,
miembro de la Sociedad Paleontológica de Buenos Aires
y de la
Sociedad Científica Argentina



50002

80.410

BUENOS AIRES

Imprenta RURAL, calle de Belgrano número 101

1874



Algunas palabras á los Redactores del SIGLO :

Un artículo del «Siglo» bajo el rubro *proyecto del Sr. Vazquez Sagastume* del día Sábado 16 del corriente, mezcla incidentalmente mi nombre como sostenedor del Banco Nacional con las ideas del proyecto que se ocupa de combatir el articulista, y envolviendo en un anatema comun las ideas que he sostenido con las que se contienen en el proyecto en cuestion del Sr. Sagastume se dice testualmente lo siguiente:

« Y no se estrañe que hablemos conjuntamente del »
» Banco Nacional y del proyecto del Dr. Sagastume; »
» para nosotros no hay diferencia radical entre esas »
» dos ideas — son doctrinas de una misma escuela, »
» pensamientos de una misma índole, elementos cons- »
» titutivos de un todo monstruoso—el monopolio del »
» estado sustituido á la libertad individual—Para creer »
» en la posibilidad del Banco Nacional tenemos antes »
» que verlo establecido; para pensar que la asamblea »
» puede sancionar el proyecto del Dr. Sagastume tene- »
» mos que convencernos antes, prácticamente, de que »
» la asamblea ha perdido la cabeza. »

En presencia de este analgama que intencional ó inadvertidamente se hace de principios é ideas que nada tienen de comun, no me es posible guardar un

silencio, que autorizaria apreciaciones no solo infundadas sino profundamente injustas sobre los principios políticos y económicos que profeso.

Si yo estuviese animado de menos patriotismo que los redactores del «Siglo», aún cuando estoy lejos de tener sus méritos relevantes y sus incuestionables dotes cívicas; si en vez del alto interés de mi patria, me preocupasen los lauros personales que pudiese tarde ó temprano el éxito, dejar caer sobre mi frente—si por temperamento y sin violencia alguna no fuese un hábito en mí, posponer todo latido del amor propio en holocausto á los grandes principios de la verdad y el bien, cualquiera que sea quien los levante; si en suma procediese por cálculos de ambicion personal ó á impulsos de cualquier sentimiento mezquino al echar sobre mis débiles hombros la inmensa responsabilidad de agitar la bandera de una gran idea, que roza los mas vivos intereses de actualidad, yo habria aplaudido en secreto y aceptado regocijado la inesperta táctica del «Siglo», que en cada cuestion de actualidad que se suscita en esa, me regala aliados, y aliados poderosos, por su posicion, ilustracion é inteligencia.

Precisamente en aquello mismo de que echa mano el «Siglo» para desprestijiar mis ideas yo veria elementos positivos de triunfo, amigos de causa, vigorosos correccionarios, miembros en suma como él los clasifica de la escuela del *autoritarismo*, en pugna con la escuela del *individualismo* á que el «Siglo» dice pertenecer.

Y como hombre que creo ser, si no algo mas práctico, por lo menos algo menos teórico y visionario que mis inteligentes y espirituales amigos, dada la situacion

del país, la composición de sus elementos políticos y las aspiraciones económicas de actualidad, no dudaría un instante que si se empeñase el combate en toda la línea, la victoria se pronunciase de parte de eso que mi espiritual amigo llama el *autoritarismo*, ante el cual el *individualismo* tendría que caer irremediablemente vencido.

II

Pero felizmente para mis ideas y para el país no existe ni en la ciencia, ni en la marcha política y social de las sociedades modernas, semejante división radical de tendencias, semejante exclusivismo y escisión en los principios fundamentales que sirven de base al movimiento progresivo de las ideas individuales y colectivas.

Esas dos divisas ó escuelas, como quiera llamárseles, son fórmulas apocalípticas que en la rica imaginación de mis excelentes amigos han hecho tomar cuerpo á sus patrióticas aprehensiones, y que un simple viaje de estudio comparativo disiparía por completo, con ventaja positiva para sus elevadas inteligencias y fecundísimos talentos.

Mas por lo que á mí hace, como adalid de la gran idea del Banco Nacional que como una constante pesadilla persigue á mis espirituales amigos envuelta en las nubes y relámpagos del curso forzoso, yo debo protestar, como solemnemente protesto contra la confusión que se hace, contra la mancomunidad y solidaridad que

quiere establecerse á nombre de sectas tan imaginarias como extravagantes, entre los principios económicos que sostengo y que reputaré siempre los únicos salvadores para la actualidad de mi país y con los proyectos mas ó menos meditados que se funden en la explotación de los recursos las fuerzas ó las garantías del estado en provecho exclusivo de empresas ó intereses particulares.

III

El simple buen sentido del mas humilde ciudadano, basta para distinguir que nada tiene de comun con mis ideas sobre Banco Nacional, un proyecto como el del Dr. Sagastume, que en el fondo como lo ha calificado muy bien la prensa liberal de esa, no importa otra cosa que una mistificacion insostenible para entregar al Estado ó al municipio por un precio fabuloso un negocio en ruinas que no dá ni para los gastos de explotación, adquiriendo en cambio de él títulos de deuda pública perfectamente garantidos, que no valdrian nunca en plaza menos del 78 p^o porque se reciben.

Como oriental y amante de mi país he participado de toda la desagradable impresion que han sentido mis honorables amigos los redactores del «Siglo» y demás miembros de la prensa liberal de esa, al tropezar en la órden del dia de las cámaras con un proyecto de ese género, y como ellos tambien se ha apenado mi espíritu al ver hacerse éco de él, á un compatriota de la honorabilidad del Dr. Sagastume, que por sus antecedentes

cívicos es uno de los mas distinguidos miembros del parlamento oriental.

A no dudarlo, el patriotismo del Dr. Sagastume ha sido sorprendido por la voraz suspicacia de comerciantes que no tienen otro vínculo con nuestro país que el de sus sórdidos intereses personales.

El Dr. Sagastume lleno de altas dotes de inteligencia; lleno de bellas cualidades para la tribuna parlamentaria y la diplomacia, no es hombre de números, como tampoco lo son mis excelentes amigos los redactores del «Siglo», por eso ni el primero se ha detenido á estudiar comercialmente el proyecto de que se hacia órgano en el seno del C. L. para tratar de descubrir su utilidad para el país, ni los segundos han hecho con él, lo que á mi juicio debian hacer al impugnarlo; descomponerlo en números, y hacer su autopsia mercantil y algebraica antes de enterrarlo para siempre, en el osario de las grandes sofisticaciones contra el crédito público y la fortuna de la patria.

¿Quién no sabe en esa como en Buenos Aires que la empresa de las aguas corrientes es un mal negocio por el momento para los Sres. Lanus y Compañia y que ella apenas alcanza á cubrir los gastos de servicio, pero que está lejos de dar el menor interés á sus capitales—quién no sabe los vastos negocios y por consiguiente los numerosos compromisos que deben pesar sobre estos señores, los injentes capitales que tienen inmovilizados en compras de terrenos en Entre-Rios, Córdoba, en fincas, en fundaciones de pueblos, empresas de salubrificacion y en negocios y habilitaciones de to-

do género y que la crisis los empuja violentamente á la realizacion de algunos, para salvar tal vez su crédito y poderse desenvolver en el futuro?

Solo parece ignorarlo mi buen amigo y excelente compatriota el Dr. Sagastume, que sin pensarlo, pone su palabra y su talento, al servicio de los intereses sordidos de una empresa de comercio, y sin advertirlo acaso, conspira contra los verdaderos intereses de su patria.

Que los Sres. Lanus y Compañia pretendan comprar ó vender hasta la plaza de la Matriz ó el Cabildo, como han comprado á vil precio otras cosas en nuestro país, y que hayan sacado partido de nuestras desgracias, de la corrupcion y acaso hasta del peculado de algunos de nuestros hombres públicos, no debe admirarnos—ya sabemos que el comercio por regla general, en todas partes, armado con el caduceo de mercurio, ante el cual empalidecen los sentimientos de la humanidad y los dolores de los pueblos, cree de buena fé que no hay accion censurable, si ella se resuelve en un buen negocio que deje brillantes utilidades ó pingües dividendos.

Los Sres. Lanus y Compañia son por otra parte extranjeros, y como tales no hay porque escandalizarnos tanto, que fijen sus penetrantes miradas en nuestro suelo cuando tratan de hacer un buen negocio, ó montar una de esas especulaciones de alto bordo que permiten preparar la opinion regalando fuentes de mármol á nuestras plazas públicas, que recuerden nuestras glorias nacionales.

Por algunas años todavía, nuestro país tiene que ser pábulo de la codicia de los grandes especuladores, propios y estraños, que estimulados por la corrupcion de nuestras anteriores administraciones y habituados á ciertas complacencias de nuestros hombres públicos, resisten creer que las cosas han cambiado y que hemos entrado en una época de moralidad y órden administrativo. Han tocado ya á su ocaso los tiempos de las negociaciones en comandita, en que se oían con halago las insinuaciones de estas sierpes tentadoras—hoy la opinion pública arma á cada diputado, á cada ministro, á cada empleado público de una lima, en la que ellos tendrán que hincar sus ponzoñosos dientes.

Por lo mismo causa asombro que hombres del talento de nuestro distinguido compatriota, consientan que se esploté su inespereñcia y se les haga entender que el Estado ó el municipio haria un brillante negocio, en pagar en *cinco ó seis* millones lo que en buena cuenta y en buena plata solo vale dos, cuando precisamente no es el Sr. Lanus quien está en condiciones de esplotar á nuestra municipalidad, sinó en todo caso está en condiciones de sacar ventajas para el municipio de las pérdidas evidentes de la empresa—comprando por *uno y medio* lo que pueda haber costado *dos*, pero que no los vale, desde que el valor de las empresas se calcula por su rendimiento y no por su valor de costo.

Razon ha tenido entonces la prensa liberal de esa para levantar la grita que ha sublevado tan impremeditado proyecto—razon tienen mis honorables amigos

los redactores del «Siglo,» en pensar, que para conven-erse de que la asamblea pueda sancionar el proyecto del Dr. Sagastume, *tendrian que convencerse antes prácticamente de que la asamblea habria perdido la cabeza,* y yo diria algo mas, que habria perdido el co-razon y claudicado indignamente del mandato del pueblo haciendo traicion á los intereses geuerales, pa-rra servir intereses de empresas particulares, declinan-do la augusta y noble mision que recibieron de sus conciudadanos.

VI

Pero en lo que no han tenido razon mis intelijentes amigos, y apelo á su sinceridad para que lo reconoz- can, es en confundir mis ideas sobre Banco Nacional con proyectos como el que ellos y yo impugnamos, ni tampoco con cualquier proyecto de circunstancias mas ó menos acertado que se presente en esas Cámaras y que remotamente pueda tener conexion con el crédito público.

Mis amigos hacen un grave mal al país con estas confusiones, pues para empequeñecer mis ideas á fin de desprestijiarlas, prestijian con la bandera de sistemas no repudiados por la ciencia, combinaciones mas ó menos aventuradas, proyectos desacertados, que apenas merecerán, estoy seguro, de la ilustracion y pa- triotismo de nuestro Parlamento los honores de una séria discusion.

Por otra parte, yo nada he proyectado, y á este res-

pecto diré como pienso, mas adelante—y aun cuando hubiese proyectado, un Banco Nacional, ¿es algo el Banco Nacional, como las aguas corrientes, que puede venderse ó comprarse por el Estado?

Y quién ha dicho á mis amigos que yo pido monopolios, espedientes del momento, paliativos ruinosos para resolver la situacion?

Simplemente yo he sostenido una tésis, con hechos y con números—y nada mas.

Y quién les ha dicho tambien que un municipio no podria comprar obras de esta clase, como hacerlas por su cuenta, así como el Estado hacer un ferro-carril, un puerto, una aduana, un canal ó cualquier otra obra de utilidad publica sin ejercer el menor monopolio?

¿Seria el nuestro el primer país del mundo que lo hiciera?

Lo que hay que combatir en esta clase de proyectos no es el principio, son las explotaciones agresivas de los intereses generales que pueden con ellos venir envueltos—no hay para que remontarse á hacer polémica de sistemas, haciéndoles los honores inmerecidos de envolverlos en cuestiones de principios, que lejos de despedazarlos, los prestijian y les dá cierto crédito y decoro á los ojos de las multitudes.

Semejante táctica es poco experimentada, contraproducente, y por demás inconveniente.

VII

A mí, por ejemplo, que me creo tan buen patriota y tan honorable como el que mas, lejos de sentir repug-

nancia, pienso que el Estado y no un particular debe ser el que exclusivamente construya *nuestro gran puerto*, y sobre esto estoy preparando un extenso trabajo que demostrará numéricamente las inconveniencias del proyecto Tuson y otros, poniendo de relieve con cifras y ejemplos recientes, que con él vamos á decapitar el porvenir del país, enajenar para siempre nuestras mejores rentas, agotar una inmensa fuente de recursos, y que por consiguiente se nos esplota como unos niños y se juega con nuestro candoroso patriotismo—pero me repugnaria siempre prestar mi aquiescencia á un proyecto en que no se me demostrase numérica y mercantilmente la conveniencia para el Estado de comprar por *seis* lo que solo vale dos y cuando es factible que pueda si se quiere comprarse por menos.

Creo que el proyecto del Dr. Sagastume, no es un disparate, ni un atentado en principio, que como toda combinacion tiene su faz aceptable para el comprador y muy buenas razones para que se deslice en la conciencia pública—pero como hombre algo práctico, estoy persuadido tambien, que precisamente es á la sombra de esas conveniencias con que se ostenta y que hablan alto al porvenir del municipio que trata su dueño de sacarse *el clavo* y dejárnoslo á nosotros con mengua del respeto que debemos inspirar como pueblo civilizado y no como una agrupacion de ignorantes que no conoce los rudimentos del cálculo ó una asociacion de tontos voraces y corrompidos.

Esto en el supuesto que haya algun acto del empresario que autorice á suponer que los Sres. Lanus y Ca. estan dispuestos á deshacerse de esas obras y que el

proyecto de nuestro amigo no obedece á muy laudables pero prematuras aprehensiones por la suerte higiénica del municipio.

Si lo primero, es indudable que el que vende es por que realizando aspira á minorar sus pérdidas—y en este caso, ¿por qué se le habria de pagar gratuitamente un despropósito; por qué se ha de gravar el municipio para reparar los errores de una empresa particular que al comprometer sus capitales seguramente no vino á ejercer liberalidades con nosotros sinó á explotar un buen negocio?

VIII

Dejémosnos de discusiones sobre sistemas, que son estériles y ridículas en ciertos casos, y vamos con sensatez al grano. Si hay conveniencia en que el municipio adquiriera esas obras para el porvenir, y tiene cómo adquiririrlas sin comprometer ese mismo porvenir, empujando rentas que reclaman preferentemente otras necesidades, cómprense, pero páguense, como los pagaria cualquiera empresa extraña que tratára de comprarla—cálculése lo mismo que calcula el comerciante que trata de deshacerse de ellas—en vez de que se haga un buen negocio con nosotros á la sombra de nuestra inesperienza, burlemos la codicia de estos tiburones del alto comercio, ofreciendo al porvenir el aguinaldo de un fecundo triunfo mercantil.

IX

Mis ideas acaso parecerán estrañas, son sin embargo sensatas, prácticas, previsoras y patrióticas—y el error de mi amigo el Dr. Sagastume, no es otro á mis ojos, haciendo la debida justicia á su desinteresado patriotismo, que el de no haber hecho números y abultar demasiado la cifra de compra—si en vez de 5 ó 6 millones, él, persuadido como parece estarlo que las obras de aguas corrientes valen *dos ó tres*, escogitase la manera de dotar con ellos el municipio por dos millones, él habria hecho un bien positivo á su país, que tendria que recordar siempre su nombre como uno de sus benefactores.

Esos tres millones de diferencia, debe esforzarse mi amigo en eliminarlos en la discusion en particular del proyecto, ahorrando esa tarea al ministro de hacienda, encargado de realizar el contrato con los empresarios, y no dudo que tendrá de su parte todas las opiniones honradas de la Cámara, aun mismo la de los teóricas intransijentes; de oíro modo no hesito en creer que el peso de las cifras sepultará su proyecto con desprestijio del buen nombre de su autor.

X

Atáquese en buena hora todo género de sofisticaciones, seamos tan infatigables como invulnerables defendiendo los intereses públicos, pero ataquémoslas, no con teorías insustanciales, sinó con números, con

hechos y pruebas evidentes, al alcance de todo el mundo, como se hace en todas partes—como se hizo en Buenos Aires en la célebre cuestion *Puerto-Madero*, y otras célebres combinaciones por el estilo.

De ese modo no dividiremos nuestras fuerzas, ni debilitaremos nuestras filas—estarán con nosotros todos los espíritus honrados, sean ya autoritaristas ó individualistas, centralistas ó descentralistas, unitarios ó federales, principistas ó netos.

¿Por qué no ha de encontrarse patriotismo en el corazon de todos los orientales? ¿Por qué de las filas de los partidos mas reaccionarios no pueden alzar su voz los que no hayan prostituido su conciencia, los que se sientan sonrojados cuando se les toque el corazon en nombre de los altos, de los grandes intereses de la patria? ¿No tenemos, sin ir mas lejos, un ejemplo tangible, elocuente, en el concienzudo informe de la comision de hacienda sobre ferro-carriles, recientemente presentado á las Cámaras, firmado por hombres de todos los círculos políticos, y en que se levanta bien alto la bandera de la moral para descubrir las llagas administrativas de las épocas anteriores?

XI

Yo no creo en la corrupcion ni en la perversidad de nuestros partidos en el grado que lo he oido describir en esa.

Yo veo hombres estraviados, hombres indóciles, hombres livianos, pero hombres enteramente perverti-

dos, enteramente malvados y perversos yo no los veo, y si los hay son muy pocos y no pesan ya felizmente en los destinos políticos del país.

Si de algo he venido consolado á Buenos Aires despues de mi corto viaje á mi querida patria, es de la atmósfera de verdad y honorabilidad que se respira por todas partes, de la sinceridad y rectitud de propósitos en todos los hombres, de la pureza de las administraciones públicas, de la tenacidad y noble emulacion con que se persigue el mal do quiera que asome la cabeza.

Esto es mucho, es un gran paso que la paz nos hace conquistar en el sendero del porvenir, lo demas se nos dará por añadidura, como dice el evangelio.

El país recien entra á un período de labor sério y de reconstruccion fecunda, no es por consiguiente demolidores lo que necesitamos sinó pacientes constructores, como los termitas de los trópicos, esos industriosos insectos, que levantan eminencias para desafiar luego la planta airada de los toros salvajes.

No son las águilas, ni los elefantes, ni los leones los que mas han edificado en el mundo—son los insectos, son las aves humildes que han recibido de la naturaleza la prevision natural y la perseverante y paciente energía que hace de ellos los modestos colonos de los bosques.

XII

Cuando veo hombres de la esclarecida inteligencia, de nuestro distinguido compatriota el Dr. Gomez, que

de cuando en cuando despierta de su letárgico sueño para lanzar como el fuego griego una palabra incendiaria á su país, y luego echo la vista á mis amigos de esa, á los hombres que respeto y venero por su temple, su talento y sus probadas virtudes cívicas, y les veo, imbuidos en preocupaciones de escuela, declinando y conjugando los géneros y pretéritos de la economía política con todo el ardiente aturdimiento del estudiante, disputar de sistemas con el mismo encarnizamiento que defenderían el honor nacional, se me figura que salgo de una lenta y penosa dolencia que ha perturbado mis ideas, dislocado las sinergias de mi cérebro, tan extraño me encuentro á los demás, tan excepcional en mí mismo, que tengo que tocarme la frente y mirarme á un espejo, para convencerme que no soi un tartufo, un insensato, ni un habitante de otros orbes planetarios.

Una de dos, me digo entonces, ó soy yo ó mis compatriotas y amigos los que no siguien su época—ó yo ó ellos estan en el error, y dada la inmensa superioridad de sus inteligencias, ante la cual la mia apenas es un corpúsculo molecular, me cuesta convencerme que no sea yo sino ellos los que esten equivocados.

¿Cómo es que sintiendo de un mismo modo, animados del mismo patriotismo, nuestros pensamientos son tan divergentes?

Hé aquí un problema que sériamente preocupa mi espíritu, y que apaga la mitad de mi entusiasmo al abordar las grandes cuestiones que afectan la actualidad y el porvenir de mi patria.

XIII

Yo creía, por ejemplo, haber sido bastante explícito en la postdata que se encuentra al final de mi libro sobre el Banco Nacional á este respecto, para que, por lo menos, mis amigos y correligionarios políticos comprendiesen mis ideas y sus limitaciones racionales; en ella he declarado abiertamente que, *por lo mismo que no deseo que mi país enagene su crédito y su porvenir por un plato de lentejas, como ha sucedido con el Banco Nacional de la República Argentina, era que, aunque decidido partidario de esta gran idea, había de formar en las filas de los que en nombre de los verdaderos intereses de la patria, combaten todas las explotaciones, mas ó menos criminales, mas ó menos disfrazadas, de los que intentan apoderarse de ese alto pensamiento.*

Remito á mis honorables amigos á esa postdata, y en ella verán hasta que punto estoy de acuerdo en combatir *las asechanzas*, mas ó menos insidiosas siempre, que se dirijan contra el Estado, sus garantías y privilegios.

Pero quiere decir esto, por ventura, que dejemos de utilizar las fuerzas y garantías del Estado en aquello que indispensablemente las reclaman las necesidades generales del país, de que pende el desenvolvimiento de su prosperidad y riqueza?

Seria insensato el pretenderlo. Mis queridos amigos que tanto se afanan en perseguir á nombre de las inautorizadas teorías ciertas grandes ideas de incuestionable utilidad y que han recibido la sancion de la experiencia de todos los pueblos, llevan su intolerancia,

en esto, tan lejos como los buenos y sencillos católicos, que ni siquiera se aperciben del cambio que la índole intelectual del siglo y las conquistas de la ciencia han impreso forzosamente en sus ideas.

Son intolerantes por sistema, mas que por la solidez y arraigo de sus convicciones.

Preguntad á un ferviente católico, medianamente ilustrado, si cree á puño cerrado en la infalibilidad del Papa; en los milagros; en la resurreccion de la carne; en el Valle de Josafat; en que Josué detuvo con una señal de la mano al sol; en la edad bíblica del mundo, y tantas otras afirmaciones dogmáticas por el estilo, y su razon vacilará, sentirá conmoverse el edificio de sus creencias, cerrará los ojos antes que daros una respuesta apóstata, pero no se atreverá, á menos de no ser un imbécil ó un creyente interesado, á empeñarse en una demostracion teológica que tendria por base el trastorno de todas las leyes del universo, el desconcierto de la máquina misma del Hacedor Supremo, para defender creencias envejecidas y grietadas en todas partes, por la triple accion del tiempo, de la ciencia y de los progresos de las ideas y costumbres.

XIV

No de otro modo tampoco los fervorosos creyentes de eso que mis espirituales amigos llaman el *individualismo*, y cuyo programa, segun parece, es la libertad absoluta en todas sus manifestaciones, se ven obliga-

dos á ceder de su intolerancia dogmática, á abjurar del ortodoxo absolutismo de su secta, cuando se les trae al terreno práctico, al terreno de las realidades imponentes, al terreno de las verdades algebraicas y aritméticas.

Interrogadles sinó, si admiten que es necesario dar intervencion al Estado en la educacion del pueblo; si estan dispuestos á otorgar garantias para los ferrocarriles y acordarles ciertos privilegios ó concesiones que estimulen su implantacion; si admiten que el Estado costee la instruccion secundaria y científica; que acuerde condiciones estimulatorias á ciertas grandes empresas; que proteja y vivifique el curso de la moneda nacional; que acuerde patentes de invencion; que funde establecimientos pios; que acuerde privilegios ó concesiones á las empresas de telégrafos, á las empresas de tramways, de puertos, de salubriticacion, de mercados, de navegacion á vapor y tantas otras análogas.

Admitiéndole, tienen que declinar indefectiblemente de su absolutismo y entrar á transar con las ideas que proclaman los de la escuela que arbitrariamente llaman *autoritaria*; y si por un espíritu de mal entendida consecuencia, persisten en momificar al Estado negándole toda ingerencia en la solucion y realizacion de todos estos grandes problemas sociales, desde ya puede asegurarse que seran hombres perdidos para la época, rémoras del progreso que aspiran á conquistar los pueblos, como lo son todos los fanáticos é intolerantes sectarios, todos los visionarios de la alta cábala, todos los metafísicos, incubadores de máximas y doctrinas

imponderables, sansimonianos del grado treinta y tres, cuákeros tan austeros en sus principios, como estériles en la grande y santa obra de la reorganizacion social y política de los pueblos.

XV

Observo con desapasionamiento y con calma, y lamento por lo mismo ver á mis honorables é inteligentes amigos y á muchos otros de esos que les acompañan en su exaltado misticismo económico, precipitarse de lleno en los abismos de una nueva secta, constituirse en la pequeña iglesia de nuestros cuákeros políticos, de cuyo seno quieren proscribir á todos los que no piensan como ellos, á todos los que no encaran la solucion de nuestros grandes problemas sociales y económicos con el mismo criterio, tras el prisma estrecho de eso que llaman el *individualismo*, y que á mis ojos no es sino una especie de *espiritismo escolástico* que sofoca sus claras, sus hermosísimas inteligencias, con los espasmos letales de soluciones teóricas, preconcebidas, de sistemas absurdos en sus consecuencias prácticas.

Y así se les ve envolverse en la túnica de los recursos didácticos de las generalidades y abstracciones áulicas, antes de entrar al palenque de la discusion severa de los hechos; desdeñar la elocuencia de los números, que mi honorable é inteligente amigo el redactor político del *Siglo* dice como Pascal de los frailes, que no son razones; y luego, apelar á banderías de escuelas imaginarias para tildar con el epíteto del partidismo de secta, á los que todavía no han vencido

en el terreno de la discusion seria y razonada, á los que todavia estan de pié con la armadura de los números, esperando que la lanza de sus contrarios rompa la cota de malla de las cifras que defiende sus doctrinas.

Pruébenme, mis honorables y espirituales amigos, que estoy equivocado en mis ideas económicas sobre Banco Nacional; pruébenme con la historia, que el curso forzoso es una consecuencia lógica y necesaria de su institucion; pruébenme las ventajas de las instituciones de bancos libres sobre las que ofrecen las grandes instituciones de Estado, para domeñar las crisis, para desarrollar y sostener el crédito; pruébenme que la libertad de crédito y tantas otras libertades deben ser absolutas, que todo eso y no otra cosa es la cuestion; y cuando todo eso hayan hecho, y los hombres ilustrados y la opinion general de mi país les dé la razon, entonces podran con alguna seguridad y eficacia clasificar mis ideas y mis principios en la escuela que les parezca, y aun confundirme con los confeccionadores de proyectos mas ó menos aventurados y perjudiciales.

Pero mientras eso no llega; mientras mis ilustrados amigos deban al país y á su humilde adversario su erudita palabra para defender su tesis é impugnar la mia, creeré siempre que les falta razon para combatir-me, ya con vaguedades que estan fuera de la cuestion, ya con clasificaciones que rechazo y con motes de doctrina que á los ojos del país pueden llegar hasta empañar la pureza de los móviles que inspiran mis convicciones.

XVI

Yo no soy autoritario, y ya lo he dicho, no quiero que el Estado usurpe la iniciativa individual tomando á su cargo empresas, para las que esta es bastante eficaz, ni se convierta en comerciante, ni en paño de lágrimas de ruinosas combinaciones mercantiles; yo no quiero, y tambien lo he dicho muy claro, que nos precipitemos en fundar instituciones que no son ni han de ser para un dia; no es específicos y paliativos lo que necesita el pais, sino de un *poderoso neurosténico* de medicamentos reconstituyentes. He pedido para esa gran obra el concurso de todas las inteligencias, la meditacion, la calma y el reposo, como garantía del acierto, porque estoy persuadido que el hacer una buena ley de Bancos Nacionales, el combinar sus recursos, el salvar los escollos que ofrecen los intereses preexistentes de las otras instituciones de crédito, el garantizar su existencia contra las asechanzas de los gobiernos del futuro y las coaliciones de los banqueros, el preveer las mil dificultades prácticas con que podria tropezar en sus primeros pasos, no es la obra de un hombre, no es el fruto de ningun proyectista entusiasta, ni el producto de la farmacopea de ningun círculo político.

Por eso, aún cuando no participo de los temores del «Siglo» y de la «Democracia», que ya ven realizados todos esos improvisados proyectos que han invadido nuestras cámaras, y las tempestades del curso forzoso cernirse sobre nuestras cabezas, simpatizaré con sus propósitos en cuanto á impedir que se funden institu-

ciones nacionales de crédito sin capital, sin elementos de vida propios.

Tan enemigo considero yo de mis ideas de Banco Nacional á los que á trueque de alcanzar para sus nombres unas cuantas horas de efímero prestigio entre el comercio, de quien se figuran ser los ungidos, para salvarle, se lanzan en la vía peligrosa de escabrosos proyectos que comprometen el crédito nacional, como á los adversarios sistemáticos de esta institucion que la combaten en el terreno abstracto de la doctrina.

XVII

Un dia me decian mis distinguidos é inteligentes amigos los redactores de la «Democracia» con motivo de hablar de los proyectos sobre emision menor que se presentaban á las cámaras que ¿por qué no hacia yo un proyecto sobre Banco Nacional como campeon de la idea y combatia los que se estaban presentando?

Y saben mis honorables y distinguidos amigos los redactores del «Siglo», cual fué mi contestacion? Que me guardaria muy bien de hacer un proyecto de este género, por lo mismo que comprendia las dificultades de su confeccion.

Es en los proyectos en donde escollan siempre los sostenedores de una gran idea—les dije—fácil es armonizar las opiniones de los hombres en generalidades y principios, pero es muy difícil conciliarlas en las reglas de aplicacion, y mas que todo, preveer en ellas, sin un inmenso capital de ciencia y de talento de que carezco, las ímprobos é injentes dificultades prácticas que ofre-

cen siempre la realizacion de un pensamiento de esta clase de un nuevo y vasto sistema económico.

Es en las reglas que deben rejir el principio en los que escolla este, no en su esencia.

XVIII

La democracia, este gran principio de gobierno. cuantas dificultades no ha ofrecido y ofrece á los pueblos que han adoptado su realizacion; cuantas ciencias encadenadas no se ocupan de aclarar y deslindar sus problemas; cuanto genio, cuanto talento, cuanta madurez y esperiencia no se precisa para conciliar este sistema, con la índole de los pueblos, con sus costumbres, con sus intereses y preocupaciones.

Y quien podria jactarse de ser capaz de dictar una constitucion democrática que previese el juego acompasado, metódico, y perennemente armónico de sus órganos; que contenga en gérmen el correctivo de todas las tendencias disolventes de los partidos y asociaciones políticas que deben vivificar tan inmenso y complicado mecanismo.

¿Cuantos especialistas tenemos en estas materias? cuantos hombres que hayan dedicado sus vigiliass á meditar sus problemas; á compulsar siquiera la centésima parte de los innumerables volúmenes que se han escrito para dilucidarlas?

Contéstén por mí los hombres que viven en el país, pues por lo que á mí hace, yo veo muchos especialistas de espada, muchas imaginaciones fecundas, aunque imbuidas en las preocupaciones doctrinarias; pero muy

pocos verdaderos hombres de estado; muy pocas inteligencias maduras en la eximia ciencia de dar á los pueblos instituciones de gobierno.

Otro tanto puede decirse de las grandes constituciones bancarias y sobre todo de la de un gran Banco Nacional con un departamento hipotecario, que, como yo decia un dia en esa á dos jóvenes publicistas de grandes esperanzas para la patria, tendrá que ser nada menos que la verdadera *carta económica* del país—la robusta asociacion del capital y crédito del Estado, con el capital y crédito del pueblo.

XIX

¡Proyectar un Banco Nacional! Amo demasiado á mi patria y estimo en mucho mi reputacion para no cometer jamás semejante disparate.

¿Qué he leído; qué he estudiado; qué he meditado yo; qué dotes; qué conocimientos poseo, que pudieran dar autoridad á mis ideas, respetabilidad á mi palabra á los ojos de mis conciudadanos y sobre todo acierto á mis concepciones?

¿Pues qué, se cree que porque pueden llenarse algunas páginas mas ó menos bien escritas en pró ó en contra de los progresos y eficacia de esta gran institucion, ya está habilitado cualquiera para hacer proyectos, para hacer leyes de la altísima y trascendental importancia que las de un Banco Nacional ó las que se rozan con el crédito público?

Seria menester no tener nociones claras de la ciencia pretenderlo; seria menester, sobre todo, tener una

inmensa dosis de presuncion y amor propio y muy escaso patriotismo, para lanzarse á la ventura en materias que absorven la atencion de las mas grandes eminencias de la ciencia—y ¡qué eminencias! qué pensadores! qué estupenda erudicion! qué clasicismo! que clarovidencia de los maravillosos fenómenos del crédito! qué profusa abundancia de trabajos científicos que anonadan el espíritu y entristecen el alma patriótica de cualquier hombre de estudio, al contemplarse impotente para abarcarlos, pero ni siquiera para tomar de todos ellos una noticia bibliográfica!

Y tendria disculpa honesta entonces, que yo osara abordar lo que estoy íntimamente persuadido no es capaz de abordar con acierto ninguna de nuestras esclarecidas inteligencias, infinitamente superiores á la mia por sus luces y consumada esperiencia?

XX

Para intentarlo solo ¿Sabeis lo menos que tendria que hacer, lo menos que deberia hacer?

Proporcionarme los estatutos de la mayor parte de los bancos Nacionales del mundo, pues aunque tengo algunos, carezco de la mayor parte; estudiarlos y comentarlos á la luz de la crítica científica que han hecho sobre ellos los innumerables economistas que se han especializado en estas materias; necesitaria por lo menos no hacer otra cosa en tres ó cuatro meses, vivir en todo ese tiempo libre de preocupaciones de todo género, consagrado exclusivamente al estudio, sin contar con la dotacion indispensable de autores que me

facilitaran mi trabajo, y á este respecto tambien, aunque mi biblioteca es rica, está lejos de atesorar infinidad de obras que me serian indispensables para poder esbozar no un proyecto, sino tan solo un bosquejo de proyecto, *bases para elaborarlo* y que poder someter á la consideracion é ilustrada crítica de mis conciudadanos.

No de otro modo, estoy persuadido, como orientales y amantes de su patria, deberian obrar todos los hombres ilustrados que no llevasen miras preconcebidas de intereses bastardos, y á quienes el voto de sus conciudadanos haya elevado al alto puesto de lejisladores.

XXI

X | No hay, para mi, mision mas sublime en un pueblo democrático que la de un lejislador, ninguna por lo mismo mas delicada, que reclame mas austeridad de convicciones, un amor mas desinteresado por la patria, un sentido social, como dice Michelet, en su mas ardiente energia—ninguna otra que imponga mas serias responsabilidades ante el porvenir.

Los lejisladores son, en cierto modo, una especie de providencia viva en accion, ellos tienen en su mano, trazar la ruta que debe seguir la nave del estado por entre el piélago vertiginoso de las necesidades y exigencias del mundo moderno,

La naturaleza ha dado defensas naturales á todos los seres desde el elefante hasta el imperceptible arador—al hombre, solo ha dado la razon para gobernarse é iluminar la escarpada ruta de su destino.

Si en alguna parte debe concentrarse la razon pública que guía á los pueblos, es en la Lejislacion, que sintetiza los preceptos de gobierno.

Por eso decia yo un dia en uno de mis escritos, que *lejislar y gobernar son altos atributos de la inteligencia*, que no es dado poseer á cualquiera.

Y asi como las buenas leyes que saben inspirarse en las necesidades geoméricamente progresivas de los pueblos, y preveer y calcular las pérdidas de fuerzas que el rozamiento de las pasiones y el choque de los intereses individuales hará perder á la máquina animada del organismo político, son las que mayor impulso dan á su prosperidad y bienestar moral y material— las malas leyes, sean ya combinaciones de circunstancias en el órden económico, sean contemporizaciones ó transacciones inmorales con intereses individuales ó de círculo, seran siempre las que traigan las desgracias y los grandes infortunios sobre el azulado cielo de la patria.

XXII

Se acusa ó encomia siempre la prevision del lejislador—tambien debiera acusarse ó glorificarse su desinterés, su pureza, su abnegacion, su templanza—Las virtudes del corazon, son hoy las que estan en mas alta estima en el mundo moderno y las que mas dignas se hacen al galardón de la consideracion y respecto públicos.

Ay de mi patria! el dia que en el recinto consagrado, donde se elaboran sus leyes, los enconos y los ódios

inveterados de partido, las pasiones de círculo, los intereses particulares, la empedernida intolerancia del doctrinarismo, influyan ó decidan sin control de los destinos de la patria, haciéndose sordos á la elocuencia de la razon, á la enseñanza de la observacion y de la historia de todos los pueblos, á la voz autorizada de la esperiencia, á la evidencia matemática de las cifras y de los números.

Las cifras y los números, he ahí el language universal de la ciencia moderna.

El mundo se gobierna con cifras, decia Goethe, y dijo la verdad.

Desde las materias primas que producen nuestros campos; las artes que las elaboran y las cambian, hasta el esfuerzo muscular que hacemos para ejecutar el menor movimiento y que la ciencia mide por calorías, hasta el calor que sostiene ó altera las sinergias orgánicas de nuestro cuerpo, hasta la sustancia gris que consume nuestro cérebro en la produccion del pensamiento, divino y mágico destello de la vida en el esferoide flotante que habitamos, todo puede medirse, todo puede apreciarse por números y cantidades.

He ahí porque la estadística, este Benjamin de la ciencias que es la química de las ciencias morales, nacida la última de las asperezas de todas las otras, en este siglo, en que los inmensos desiertos de la inteligencia humana se pueblan á pasos agigantados, con nuevas artes, nuevas ciencias, nuevas teorías, nuevos inventos, vésele marchar serena y presurosa á enseñorearse sobre todas las otras, á imponerles sus reglas y preceptos, á

imprimirle el sello de su perseverante paciencia, de su majestuosa sobriedad, de su fecunda exactitud.

Si alguna vez la inteligencia humana en el Acropolis del porvenir debiera presidir á la coronacion de las ciencias, yo no dudo que la diadema de oro se cerniese sobre la frente augusta de la Estadística, de esta ciencia que sin esplendores reúne en su seno todas las castas virtudes que han de hacer prácticas la fraternidad de los hombres, que devolveran el reposo á todas las conciencias, la armonia subjetiva á todos los espíritus, porque ella es el control, el contrastador, el escape de áncora que al fin la inteligencia humana ha encontrado para regular la marcha, el progreso y el acompasado movimiento de todas las otras.

XXIII

¡Y nosotros no tenemos estadística!! y nosotros hacemos leyes sin haber formalizado antes el inventario del país—Somos una sociedad que no conoce su capital, sus fuentes de riqueza, su poblacion, sus consumos, apenas si habrá unos cuantos de nuestros hombres públicos que se hayan dignado hojear, ya que no estudiar, el precioso libro de Mr. Vaillant—á mi juicio la obra mas útil y positiva de cuantas en estos últimos tiempos se hayan publicado en el país.

De nosotros, bien pronto, podrá decirse lo que los alemanes con su flema linfática, decian de los franceses—*cet un peuple qui porte de moustaches, mais qui ne connaît pas la Géographie*,—es un pueblo que usa bigotes que sabe pelear con heroismo, pero que no conoce la

estadística—y! ya sabeis cuan caro ha costado á la Francia su presuntuosa ignorancia!

Y porque despreciamos la ciencia de los números; porque ignoramos lo que somos, cuántos somos y lo que tenemos, es que discordamos tan radicalmente en opiniones, que andamos siempre por las ramas buscando en la tecnologia de los sistemas ó en la perversidad, muchas veces imaginaria y calumniosa, del móvil, causa y argumento para nuestras luchas y personalidades—y nos gastamos en disertaciones estériles, y nos quedamos atras del país, que empujado por los intereses materiales contra viento y marea, lanza su espumoso oleaje sobre la cabeza de sus mismos legisladores y hombres públicos, rociándoles con el agua del progreso, que hasta ahora no hace sino resfriarlos pero que mañana, á Dios gracias, ha de hacer sentir sobre ellos los efectos de una saludable hidroterapia.

XXIV

Despues de esto, comprenderan mis amigos y adversarios, porque es que demando á voz en cuello el concurso de todos para esta grande obra, y que no hesitaria en calificar de atentado todo lo que se hiciera sin la preparacion y el estudio que reclaman este género de instituciones, las mas complexas y trascendentales de todas—Ahí teneis un ejemplo vivo y elocuente de lo que sucederia entre nosotros, en lo que sucede actualmente en la República Argentina con su Banco Nacional.

Llovieron los proyectos por docenas para su funda-

cion; se adoptó, merced á la influencia de los proponentes, á la fantasmagoria de su responsabilidad comercial, á la resonancia de sus nombres propios, el peor de todos, sin estudio, sin exámen, por hombres que no tenían apenas nociones del crédito, que ignoraban lo que era ó debia ser un banco, en medio de las sesiones tumultuosas y apasionadas del Congreso, haciéndose por lo mas sagaces política interprovincial de sus artículos; no obstante eso, la sensata avidez de este pueblo saludó su aparicion con un aplauso unísono en todo el país, y la suscripcion de sus acciones fué cubierta dos veces en menos de dos meses.

A pesar de las crisis, de las dificultades que se presentaron para el prorateo del exedente de las acciones suscritas, él entró á funcionar, á prestar ayuda al comercio—llega el momento de la reunion de la asamblea para la discusion y sancion de sus estatutos y aquí fué Troya.

Lós tumores primaverales salieron á la periferia apenas se revolvió el virus de la imprevision.

XXV

Era una lucha entre moros y cristianos, un verdadero campo de Agramante ó de Somorrostro.

Los representantes del elemento provincial querian que las sucursales de las Provincias tuvieran sus directorios propios; los accionistas de plaza, que son la mayoria, que las sucursales fuesen administradas por gerentes; que esto era la centralizacion y la conversion del Banco en elemento político sostenian unos—

que lo otro era librar la responsabilidad del Banco Central á la impericia ó intereses locales de las sucursales, pensaban ó sostenian los otros; que el interés debia ser igual para todas las provincias (absurdo mayúsculo) que debia ser uniforme como decia la ley, pensaban otros—que no podia ser el mismo decian los mas; el resultado es que nadie se ha entendido como verán ustedes por los diarios de ésta, que las acciones bajaron, que el directorio actual se derrumbará, y en suma, que es mas que probable que las provincias protesten, que se renueve en el terreno económico la anterior lucha entre el federalismo y unitarismo, entre la centralizacion y descentralizacion; por último, que no se entiendan y que los grandes resultados que se esperaba cosechar de esta grande institucion sean completamente nugatorios.

Y todo por qué?... Quieren nstedes saberlo?... Les abriré mi corazon.

Porque los autores del proyecto, algunos de los cuales son constitucionalistas notables como el Dr. Rawson, abogados eminentes como el Dr. Moreno, que harian honor á nuestras Cámaras como hacen honor al foro argentino y otros, no tenian á mi juicio, preparacion bastante en cuestiones económicas, descocian el juego de las instituciones de crédito, la influencia de este y de los capitales en las sociedades modernas; por eso nada previeron; dieron importancia á lo que no debian y descuidaron lo de importancia, y apesar de su grande y envidiable erudicion, cayeron en la red suavísima, sutil que los adoradores del becerro de oro esas industriosas arañas de la sociedades modernas,

saben tejer en torno de nuestras grandes entidades políticas, á las que cazan como abejas, apesar de las cuatro alas de su colosal reputacion, de sus sensibles antenas y de sus ojos estupendos.

Nuestros hombres no son superiores á los de la República Argentina, y allí como aquí, si no ponemos todos los conatos de nuestro patriotismo, todo nuestro desinterés, toda nuestra ilustracion y esperiencia cuando querramos acometer obra tan gigantescas, hemos de dar á luz monstruos de vida efímera, destinados como el Minotauro de Creta, á devorar la savia de nuestro crédito y conflagrar el porvenir económico del país y de nuestras generaciones.

XXVI

Tales son mis convicciones, que someto á la consideracion de mis compatriotas amigos y adversarios de mis ideas.

Tengo el deber de dirijirme al patriotismo de todos en tan grave cuestion, ya que me ha cabido la honra de hacer oír mi humilde palabra en ella.

Cualquiera cosa que se haga, no puede, en medio del conflicto de opiniones de las pasiones, é intereses del momento, ser duradera y fecunda para el país.

La Ley del Banco Nacional debe ser la obra de una Comision especial de hombres competentes, como lo han sido el Código de Comercio y lo es el de Procedimientos.

Tan censurable es á mis ojos la precipitacion de los unos, como la obcecada intolerancia de los otros

en rechazar in límine con la arrogancia del sistema, ideas sancionadas por la opinion del mundo entero y de incuestionable utilidad para nuestro país. Mis honorables amigos y distinguidos adversarios en estos momentos pierden de vista que la intolerancia es madre de los partidos, fuente de luchas apasionadas, y que, por el camino que van, lejos de robustecerse debilitan sus filas, y entregarán tarde ó temprano la victoria á sus adversarios; que con mejores instintos y sin tantos prolegómenos saben comprender que sus ideas responden á una necesidad vital del comercio y demás clases sociales.

El comercio y el pueblo no van á indagar por el momento la bondad del remedio que le dén, desde que le dén alguno, y ahí está el mal precisamente—en que los unos rehusando estudiar el enfermo, resisten todo medicamento que no sea el *laissez fraire, laissez passer* esa cataplasma fisiocrática, que traducida al idioma pátrio es lo mismo que el *dolce far niente* de los italianos, ó como dicen nuestros paisanos *dejar la bola andar que ella sola se ha de parar*; y los otros, condolidos ó afectados por los espasmos del enfermo y comprendiendo que su cuerpo debilitado está dispuesto á recibir hasta un tratamiento de sangrias ó agua caliente, segun los preceptos del memorable Dr. Sangredo, quieren administrarle específico tras específico, y cuando estos no basten, hacer de todos ellos, en conciliábulos nocturnos, una especie de triaca, como la de los antiguos empíricos, que trataban al cuerpo humano como algunos de nuestros lejisladores quieren tratar al cuerpo social, á la ventura, al acaso, sin detenerse á

calcular las afinidades electivas ó la accion tóxica del medicamento que emplean para curarlo.

XXVII

Pero no es esto todo, y aquí permítanme mis amigos que les hable con mi habitual franqueza.—Descubro con dolor que no estan preparados para el nuevo género de lucha en que ha entrado el país despues de la paz y que si se descuidan van á ser irremediamente vencidos.

Nuestras luchas hoy, como las que agitan la República Argentina, como los que agitan al mundo entero no son luchas políticas aunque tienen el ropage de tales:—en el fondo son luchas económicas, si así puede decirse, luchas de intereses, de tendencias y aspiraciones opuestas.

Solo los grandes y sublimes soñadores, los olímpicos incendiarios, no parecen comprender esto—y sin embargo, á ellos tambien les envuelve la atmósfera de la época, tambien estos privilegiados espíritus aspiran sus gases vivificantes y sus miasmas deletéreos y no pueden ni podran sustraerse á su inmensa presion ni á su enorme influencia.

La sed de bienestar, de riqueza, devora todas las almas, aun las mejor templadas, las mas estoicas—¿Quiere decir por esto que en el océano inmenso de intereses materiales en que se agita nuestra actividad, hayan naufragado ó deban naufragar todas las virtudes?

No, de ningun modo, basta que las almas rectas

estén sobre aviso, templadas siempre, no para contrarrestar el empuje de los intereses materiales, sino para dirigirlos en el sentido de armonizarlos y satisfacer todas las aspiraciones y esfuerzos legítimos.

XXVIII

Pero es menester que bajen de ese Píudaro de ensueños en que se embriagan con el néctar de sus ilusiones y observen la vida práctica, tomen las cosas como son no como debieran ser, comparen y relacionen incesantemente, hagan cálculos y números, que los números *no son frailes*, sino muy poderosísimas é incuestionables razones y sobre todo no aspiren á hacer de nuestra pequeña patria un modelo tal de perfecciones y fantasías que sea un modelo pedantesco y ridículo.

En vez de esa fiebre de reformas calenturientas que les devora y para que el país no está preparado, ni siente apremiante necesidad, pensemos en estrechar nuestra viabilidad interna con las cintas de acero de los ferro carriles, en fomentar y proteger por todos los medios nuestra industria agrícola, comprendiendo una vez por todos que somos el país predestinado de la América del Sur para la rica producción de todos los cereales; telégrafos, educación popular, instrucción científica, colonización, explotación de minas, gran puerto, censo, estadística, un Banco nacional, hipotecario y territorial, hé ahí lo que necesitamos, lo que debiera preocupar mas que todo á nuestras grandes inteligencias; hé ahí lo que.

si comprendemos nuestros grandes intereses nacionales y si nos poseemos de su santo egoismo, puede ponernos no solo al nivel sino mas arriba que otros pueblos, y darnos los elementos de defender y garantizar por nosotros mismos nuestra independencia y soberanía nacional, tan poco respetada hasta hoy mal que pese á nuestro orgullo y heroismo.

XXIX

Y es precisamente para obras de este género que yo no quisiera jamás encontrarme en desacuerdo con mis amigos, porque yo veo en ellos la austeridad y firmeza necesaria del hombre público, la abnegacion sin tacha del patriota, que cien veces han puesto á prueba en sus gloriosas luchas políticas, el nervio que alimenta la probidad del repúblico, pero no veo á la altura de sus grandes dotes de corazon, permítaseme el decirlo, ni la sagacidad política, ni el cálculo del financista, ni la vision superior del filósofo, ni el tino práctico de los hombres de progreso.

Y así como ya presiento que comienzan á escluirme de su iglesia, sin saber antes como pienso en muchas cuestiones prácticas, y especialmente en la que motiva este opúsculo y sirve de tema al «Siglo» para impugnar mis ideas sobre Banco Nacional, han escluido antes á Carlos M. Ramirez que tuvo primero que todos la vision profética del porvenir y la voluntad indomable que dan las grandes convicciones y una inteligencia elevada para proclamarla á la faz de todo el mundo y

luchar brazo á brazo con las preocupaciones de amigos, adversarios, parientes y hermanos.

Hé ahí el hombre; hé ahí el género de inteligencia tras la cual tiempo ha me siento arrastrado, porque ahí descubro á mas de estudio y ciencia, toda la flexibilidad esquisita del génio, toda la elevacion y sentido práctico de un filósofo.

Vosotros como vuestro gran maestro, vuestro eminente predecesor, el ilustre expatriado que ha rehusado dias ha ir á ocupar un asiento en el senado de su patria, desconociendo toda legalidad en ella; teneis preclaros antecedentes, sois puros, sois honrados, no tendreis rivales en las polémicas ardientes, sois como la legion sagrada de los romanos, que decidia siempre de la victoria, pero tambien sois intolerantes como los cuákeros, que no admiten mas símbolos de progreso que el catalejo y la biblia que llevan bajo del brazo.

XXX

Acaso si mañana me encontrara entre vosotros, estando con vosotros de corazon porque no puede menos de estarlo quien como yo ha sabido siempre hacer justicia á vuestra pureza y relevantes virtudes cívicas, pasaria á los ojos de vuestra pequeña secta principista como paso ya á los ojos de esta otra pequeña secta de aquende el Plata, como un discípulo y mal avenido, como un apóstata, como un retrógrado, como una nulidad ambiciosa y hasta como un tráfuga, toda vez que no sometiera mi inteligencia que se ha esplayado en otros

horizontes, que ha vivido largos años inseparada del estudio, sin el cual no hay ciencia ni progreso, ni talento que ultrapase las medianias, y teniendo por teatro de observacion cuotidiana, en política, en economia, en sociabilidad, en costumbres públicas, una sociedad mas vasta, mas avanzada, mas vertiginosa, mas tradicional y reposada que la nuestra, ni inclinara la frente á los dogmas caprichosos de vuestra secta, impenetrables por lo que estoy viendo á la lógica de los hechos experimentales, á los progresos de los tiempos y á la elocuencia gráfica de los números.

Permitidme que os diga, y con ello, (sin agraviaros porque os quiero y os estimo) creo servir á mi patria, que ostentais todo el orgullo inquebrantable de la fé que tuberculiza la inteligencia, pero que á mis ojos como á los del pueblo sensato, vosotros como vuestro gran predecesor, como todos los de vuestra escuela, careceis de la reposada penetracion y la prudencia del estadista, que sabe aunar las fuerzas, buscar aliados, vincular opiniones, comprometer intereses con altura y discrecion, y hasta lisonjear tendencias opuestas cuando se trata de hacer triunfar algun gran pensamiento, clavar en el edificio del porvenir el aureo estandarte de una gran conquista social.

Vosotros quizá no os apereibis de ello, pero aun cuando esteis divergentes en algunas ideas, participais en alto grado de la intolerancia del maestro; quereis llevaros todo por delante con la lanza seca del sistema, porque á vosotros se os antoja llamarlo un principio, por mas que se os pruebe que muchos de vuestros pretendidos principios los habeis consagrado vosotros

mismos en el cenáculo de vuestra pequeña iglesia, en la que el Dr. Bustamante, esa inteligencia viscosa, impregnada de humores acres, ha oficiado mas de una segun es fama, como gran secerdote, como el inspirado hierofanto que con su voz estentorea suele deslizar en vuestros fervorosos oídos sus sibilinos oráculos.

Así le ha ido á este testarudo señor cuando ha querido officiar en público, y sino que lo diga el pánico del año 68, y acaso la misma negociacion actual del empréstito, en que estoy seguro que con su Baudrillart en la mano ha querido resolver todas las cuestioncillas prácticas que se le han presentado en aquella Babel moderna, sin atinar á encontrar en él definiciones exactas sobre el agio de las grandes casas negociadoras de empréstitos y de tantas otras friolerillas por el estilo, sobre las que Bastiat, ni Say, ni Sismondy, ni Baudrillart, han escrito todavia sus últimos capítulos.

XXXI

Podrá ser que esté muy equivocado, pero no creo estarlo tanto como para no comprender en mi esfera de humilde ciudadano, que no es por la senda que vosotros seguís, ni por el de las revoluciones radicales que os traza la pluma demagógica de vuestro maestro, que el país ha de encaminarse á sus destinos.

No atino por lo mismo á comprender dada la actualidad del país, las imperiosas exigencias de la época, nuestra posición respectiva con los países limítrofes y nuestras grandes relaciones comerciales, la razón que alimenta todavia tantas preocupaciones en nuestros

mas esclarecidos talentos, que les hace perder de vista las grandes conveniencias nacionales y concentrar su atencion y sus fuerzas en cuestiones que cuando no son intempestivas son en su mayor parte estériles é infecundas para la grande obra de la reorganizacion del pais.

Que las veleidades de una parte de la prensa diaria, gaste sus fuegos en escaramuzas y personalidades; que niegue su poderoso concurso al estudio de los medios que deben resolver nuestros grandes problemas, pase; ya sabemos que para ser periodista en estos paises, salvas muy esclarecidas escepciones. sobra con tener un poco de imaginacion y haber leido la historia y la geografia en las novelas; pero lo que no se comprende es que vivan tan despreocupados de los grandes negocios de estado, los hombres que de un modo ú otro influyen en sus destinos.

Para que decir que al paso que vamos, concluiremos por ser un satélite opaco de la República Argentina, que hace tiempo nos absorve lo mejor de nuestra poblacion, como absorve la mayor parte de la inmigracion espontánea que viene á derramarse al Rio de al Plata.

XXXII

Buenos Aires es una especie de El Dorado, para el inmigrante que desembarca y se establece en Montevideo.

Al poco tiempo de estar entre nosotros oye hablar de las maravillas que le cuentan de esta ciudad, siem-

pre abultadas á la distancia, créese que Montevideo no es el país de la riqueza, no es el país que ha soñado al dejar las arenas de su patria, que el verdadero cauce del Rio de la Plata está en Buenos Aires, y al menor contratiempo, al menor vaiven de su fortuna, nos deja para venir á esta, donde indudablemente encuentra los recursos de un centro mayor de poblacion, no menos facilidades para todo, mas seguridad para sus ahorros, y si es negociante ó industrial mas crédito, mas movimiento de capitales, un mercado mas vasto para su industria.

Siempre se cree mejor lo que no se conoce; siempre se sueña con lo que no se vé, y á este respecto, Buenos Aires será siempre un mas allá, una esperanza para el inmigrante que se establezca entre nosotros, que cuando cree agotado nuestro mercado se transporta con sus capitales, sus brazos ó su industria á esta plaza.

La densidad de la poblacion actua para atraer y fijar la inmigracion, como la densidad de la masa en la atraccion de los cuerpos; ella está en razon directa de la masa y en razon inversa del cuadrado de la distancia. Yo creo haber acertado con la exactitud de esta ley aplicándola al movimiento y distribucion espontánea de la inmigracion que se derrama en la vasta olla del Plata.

No solo la República Arjentina ejerce mayor atraccion sobre ella, sino que la ejerce doblemente sobre nosotros, haciéndonos servir de estacion media para los inmigrantes que la inundan, de jardin de aclimatacion para los capitales destinados tarde ó temprano á perderse en su seno.

¡Qué influencia inmensa no debe ejercer, no empieza ya á ejercer este sencillo hecho en la apariencia sobre nuestros destinos, sobre la corriente de nuestras relaciones comerciales, que por lo que hace á nuestro litoral empieza tambien á torcerse recostándose sobre Buenos Aires, donde encuentra mas facilidades y mayores elementos para desenvolverse con detrimento de nuestra hermosa capital!

XXXIII

Los hombres de estado de la República Argentina que no nos pierden de vista y hacen bien y tienen muchísima razon, porqué mas que con nosotros tienen que contrarestar en nosotros la obra de la naturaleza, apenas tuvieron noticia de que se trataba de llevar un ferro carril del Salto á Santa Rosa, avistaron toda su importancia, comprendiendo que eso les iba á arrebatarse tarde ó temprano el comercio de Corrientes y norte de Entre Rios que tomaria la direccion del norte de la República para derramarse por el Salto al anchuroso Uruguay, y se apresuró su Gobierno á construir el de Concordia, que correrá paralelamente al de Santa Rosa, y cuyos trabajos creo, si no estoy mal informado, que llevan otra actividad que nuestra embrionaria línea salteña.

Por ese medio no solo han conseguido neutralizar los efectos con que les amenazaba el nuestro, sino que nos usurparán el comercio del sur de Rio Grande, cuando él haga oír su silvato á las puertas de Restauracion y La Cruz, que quedan frente á Uruguayana é

Ytaquy, á donde el nuestro tan solo podrá llegar mediante arreglos internacionales con el Brasil.

Buenos Aires concluye su arsenal en Zárate, habilita su puerto de la Ensenada; lleva el telégrafo unido por un ferro carril á la capital, el ferro carril, el colegio de enseñanza superior por todas partes; protege las fábricas, las industrias que por docenas se implantan en el país: tiene fábrica de paños, de cristales, con la particularidad que estos como el vidrio, se elaboran con la sílice ó sea el cuarzo y la arena (silece) que se trae de nuestra punta de carretas, de las mismas cercanías de Montevideo; fábricas de azúcar en Tucuman; empieza á exportar mais para Lóndres, y á toda prisa hace ejecutar los estudios para el mas grande é importante de sus ferro carriles, el trasandino, aquel que antes de poco tiempo ejercerá sobre nosotros que somos el punto de escala para los vapores del Pacífico, ¡¡escuchadlo bien!! mas letal! y mas abrumadora influencia.

XXXIV

Pero ya se vé, para qué han de ocupar todas estas frioleras, semejantes nimiedades la cabeza privilegiada de nuestros grandes hombres, de esos que se cierran en la plácida atmósfera de los principios platónicos, de esos júpiter tonantes que solo se dignan hablar á los mortales con la voz resplandeciente y terrífica del rayo que derrumba, incendia y despedaza pero que nada edifica ni sustenta:

Yo paso, sin embargo, largas horas, meditando so-

bre estos problemas—unas veces quisiera mentalmente detener la acción atrayente y magestuosa de todas estas fuerzas combinadas; poderosas instituciones de crédito nacional y provincial, crédito desarrollado, viabilidad férrea, establecimientos de educación superior que como un impetuoso torbellino amenazan envolvernos y arrebatarnos dentro de pocos años.

Otras me deleito en trazar cuadros, panoramas, planes, que en vez de un satélite hiciera de nosotros un astro que ejerciera también su atracción mutua sobre la República Argentina; que tuviera con nuestra hermana en tradiciones y en historia pero rival en el comercio, un centro común de gravedad, en torno del cual giraran en órbitas escéntricas, á manera de esos sistemas binarios, en que en el seno de la inmensidad dos soles de zafiro y de topacio combinan sus atornasoladas luces con la cadencia acompasada de sus eternos movimientos, sin chocarse ni despedazarse.

¡Porqué estos cuadros no han de ser realidades algún día?

¡Qué se opone á ello? Oh! vosotros lo sabéis mejor que yo.

XXXV

Seguid disputando si son galgos ó podencos y haciendo las del perro del hortelano; seguid atornando el aire con vuestras decantadas teorías, con vuestras melindrosas reformas; gastad vuestras fuerzas como aquellos estados generales de Francia que disputaron mucho sobre el látigo, las espuelas y el plu-

macho de Luis XIV, imitando á los antiguos concilios que tambien disputaron mucho y muy gravemente sobre las ventajas higiénicas de la circuncision, que al fin ello es lo mismo que disputar sobre si prohibir á los coches que pasen ó dejen de pasar por frente á Cabil- do, compromete ó no nuestras libertades públicas, si peligran los derechos individuales con ó sin la defensa libre; si debe advertirse ó acusarse al P. E. porque ha alterado dos ó tres partidas insignificantes en el presu- puesto; si la emision absolutamente libre debe preva- lecer sobre la emision que tenga por base la Junta de C. P.; si por ende debe hecerse fuego á todo lo que huela á Banco Nacional, y mirársele como una cala- midad pública, lo mismo que á un Banco Hipotecario y Territorial, en momentos en que el país, como los enfermos de tifus, sedientos de crédito, se devora á sí mismo al sentir que por sus venas ya no circula este fluido reparador y vivificante.

Veremos al fin de la jornada lo que habeis andado; lo que habeis hecho progresar al país que hoy está en vuestras manos: los unos con sus cohetes á la congreve, con sus brulotes incendiarios ó sus bombas de Orsini: los otros con sus disertaciones de ateneo y sus sutilezas platónico-parlamentarias.

XXXVI

Yo no desmayo; con ó sin vosotros seguiré tambien mi camino y pugnaré por lo que creo bueno y que vos- otros decididamente rechazais con poca madurez y sin exámen. Dejadme á mí tambien trabajar en un ar-

co del gran edificio de la Patria cuyos cimientos vosotros y vuestros ilustres predecesores en la prensa y la tribuna habeis planteado.

Quizá mañana esté reservado á alguno de vosotros ser el Miguel Angel que corone con su cúpula el edificio, en que habremos trabajado todos, llevando cada cual un trozo de su genio artístico y la índole de sus aptitudes especiales.

Los grandes monumentos, como la gloria y prosperidad de las naciones, no son la obra de un hombre, sino de muchos hombres y acaso de muchas generaciones.

Estoy tan interesado como el que mas en la felicidad de mi país, que aspiro á verlo grande y próspero; estoy persuadido de que tiene elementos positivos para ello, por mas que no desconozco que existen orientales que no dan valor á nada de esto, como los hay que desesperan de nuestro sino.

Yo no creo en nada de eso; creo si que la historia nos ofrece dos ejemplos elocuentes de lo que podemos llegar á ser y que solo de nosotros depende la eleccion de lo que hemos de ser en el porvenir: Ó el Portugal ó la Bélgica de la América del Sur.

Si solo hemos de vivir de pependencias, de fanatismo, de orgullo, de teorías, de ilusiones y de escrúpulos de monje, seremos con relacion á la República Arjentina, pueblo vivaz, práctico, sensato, progresista y que será poderoso con el tiempo, lo que Portugal es con relacion á España.

Nuestra independendencia será un interés comercial ó político del Brasil, como la de Portugal es un interés comercial de la Inglaterra.

XXXVII

En cambio, si deponemos para siempre nuestras torpes rencillas, si deponemos nuestra insensata intolerancia; nuestro orgullo indomable, que hace de cada oriental una poderosa individualidad que quiere escluir á todos los otros y que tanto perjudica los sentimientos de mutua justicia y de mutua consideracion personal ; si nos acostumbramos á escucharnos recíprocamente y con benevolencia; si nos revestimos de ese sentido práctico que caracteriza á otros pueblos, y entre ellos al pueblo porteño; si nos preocupamos seriamente y ante todo de fomentar los intereses materiales, que son la salud física de un pueblo que predispone á la salud moral, á la estabilidad de la paz, como la salud física del hombre es la condicion de su bienestar moral é intelectual, *mens sana in corpore sano*; si hacemos de nuestro puerto lo que él debe ser, lo que está llamado á ser por la naturaleza, la llave del comercio no solo de toda la olla del Plata sino tambien del Pacífico; si por la excelencia y exhuberancia de nuestros productos rurales interesamos en nuestra misma suerte y prosperidad á nuestros mismos tradicionales enemigos, porque el cálculo y el interés comercial es hoy el gran fanal que ilumina la diplomacia moderna ; si elevamos el nivel científico de nuestro pais y conservamos la pureza de nuestras administraciones, entonces, triplicada ó cuadruplicada en pocos años nuestra poblacion y nuestra riqueza, seremos como la Bélgica, en medio de dos colosos, respetada por su saber, por su cultura, por su industria, por su tradi-

cional prudencia, y por su viril y asimilador liberalismo.

¿Quién vendria entonces á decirnos que estamos fatalmente destinados á ser provincia argentina ó provincia cisplatina del imperio?

¿Quién dejaria de respetar nuestra independencía?

¿Quién ultrajaria nuestra soberanía?

¿Quién dejaria de contar con nosotros en el arbitrio del equilibrio y los destinos del Plata?

¿Y los intereses del pueblo Rio Grandense no terminarian por confundirse con los nuestros?

El Brasil lo sabe y lo ha previsto desde hace mucho tiempo.

XXXVIII

Yo solo encuentro en las profundidades de mi cerebro una sola máxima que nos conduzca con seguridad al porvenir que yo sueño y que tambien creo sonrie á todos los buenos orientales, á todos los espíritus reposados y prácticos, y es la que puse como epígrafe de mi libro sobre Banco Nacional, que reproduzco en esta por título de este opúsculo y que para mí reasume toda la sabiduria ecléctica moderna.

IN MEDIO VERITAS.—La verdad no está en los extremos; casi siempre es preciso encontrarla en el justo medio de las cosas, las teorías y los hechos.

El mundo es una balanza infinita y mas de una vez he estado tentado de escribir un libro demostrando esta

gran verdad, que yo la veo por todas partes : en el organismo de las plantas; en el organismo del animal; en la atmósfera; en la densidad específica de las capas geológicas del globo; en su desenvolvimiento biológico; en la lucha de las especies por la vida ; en la historia; en la variedad infinita de las producciones de los pueblos, que tiende á igualar sus fuerzas por el cambio internacional; en la índole de las sociedades; en el juego de sus instituciones; en su decadencia ; en sus progresos; en sus glorias. El mundo ha sido y es una balanza infinita ; todo tiende á nivelarse, á compensarse ; todo reposa sobre el equilibrio : equilibrio de fuerzas en el estupendo engranaje de las eclípticas de los astros; equilibrio de fuerzas en la historia cósmica del globo ; equilibrio de fuerzas en el desarrollo de la vida, en el juego misterioso de los órganos, en la correlacion de los sistemas; equilibrio de fuerzas es toda la ciencia política moderna; equilibrio de fuerzas es todo el mundo económico, es toda la vida social.

No errarian tanto los hombres si todos estuvieran penetrados como yo de esta gran verdad, el mas poderoso sedativo de nuestras ambiciones, de nuestro orgullo, de nuestra infatuacion y amor propio.

En cuanto á mí, yo me atengo á ella en mis racionios desde la época de mi vida que puedo llamar mi edad adulta, y sin esfuerzo alguno me he hecho un hábito correctivo de mi temperamento, moderador de mi idiosincracia, de atar á ella con la cadena invisible de la observacion y el estudio, mi criterio filosófico al encarar las grandes cuestiones sociales, políticas y

económicas, que son otros tantos problemas del porvenir.

Creo por eso no errar tanto, y á no dudarlo erraré siempre menos que los que se lanzan al proceloso mar de la vida práctica sin mas brújula que la vagas aspiraciones del marino, sin mas norte que las estrella polar de la libertad, radiante y esplendorosa en las noches serenas del hemisferio boreal, pero que á cada instante nos oculta su brillo tras el velo de los densos vapores de la atmósfera, ó apenas bajamos la línea para descender al hemisferio en que las ciudades flotantes de hielo abrieron paso á la prora del esquife de Magallanes y el Capitan Ross.

Buenos Aires 1^o de Junio de 1874.

ANGEL FLORO COSTA.



